

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

*Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	Catolicidad y Mundialización
<i>Cardenal Jean-Marie Lustiger</i>	5	La Iglesia, experta en mundialización
<i>Carlos Schickendantz</i>	10	Entre ecumenismo y globalización.
<i>Alberto G. Bellucci</i>	26	Sentido, proyección y límites de la globalización cultural
<i>Oscar Caeiro</i>	37	Universalidad de las grandes obras
<i>Florian Pitschl</i>	50	¿La metafísica al final de la posmodernidad?
<i>Nicolas Baverez</i>	57	La Dialéctica de la Mundialización desde el norte.
<i>Ludovico Videla</i>	66	La Mundialización vista desde el Sur I
<i>Carlos Hoevel</i>	76	La Mundialización vista desde el Sur II
<i>Armando Isasmendi</i>	91	Mundialización y Región
<i>Heinrich Beck</i>	104	Razón y Fe

Sentido, proyección y límites de la globalización cultural

(o imperioglobal.com)

*Alberto G. Bellucci**

Globalización es la palabra más frecuentemente utilizada para caracterizar el perfil cultural de esta época de entresiglos que nos toca transitar; la otra –su antagonista en buena medida– es *identidad*. El conflicto salta a la vista. Nuestro propósito es abrir la reflexión sobre la incidencia de ambos términos en la cultura actual.

En realidad las palabras que creamos para definir tendencias o procesos culturales resultan siempre insuficientes para encerrar la complejidad del concepto que queremos definir. Desde aquí podríamos tomar los rumbos de la lingüística o la semiótica y tratar de explicar las relaciones estructurales entre lo real y el signo que lo denota, o escudriñar a través de la sociología y la psicología en los mecanismos de asociación que se establecen instintivamente entre el fenómeno y el nombre que lo define, entre significante y significado. Pero estas disquisiciones nos llevarían a terrenos extraños a nuestro objetivo. Simplemente anoto la evidencia de que los vocablos que inventamos para designar un cierto fenómeno o conjunto de fenómenos tienen el poder de autogenerar modificaciones o de evocar diferentes imágenes en quienes la utilizan. Incluso por apresuramiento, facilidad, perspectiva engañosa o mala intención, el bautismo puede arrastrar, desde el inicio, equívocos que desvían, que ‘ensucian’ el concepto que se define. Esto no sólo ha pasado con los ‘ismos’ artísticos o arquitectónicos de la historia –gótico, renacimiento, barroco, impresionismo, fauvismo, etc- sino también con movimientos ideológico-culturales más amplios, como colonialismo, capitalismo, comunismo o liberalismo, inclusive con las religiones, cuyos nombres, ex-

* Arquitecto, profesor de la Facultad de Arquitectura (UBA) y de la Universidad de San Andrés. Director del Museo de arte decorativo.

tendidos cada vez más sobre sus límites originales, acaban finalmente por necesitar redefinirse y aun re-nombrarse. Por eso es oportuno preguntarse cada tanto a qué nos referimos cuando nombramos a cualquiera de ellos.

Por supuesto que el término 'globalización' incluye por partes iguales certezas, equívocos y seducciones. A primera audición el nombre trae ecos de 'globo', 'cosmos', universalidad, 'todos-juntos', y es verdad que, al pronunciarlo, se hacen presentes asociaciones con imágenes de un mundo homogéneo, unificado, feliz. Las mejores intenciones de los globalizadores tienden a eso; la globalización soñada por los bienintencionados, también. Pero, en definitiva, en este temprano siglo XXI el término globalización también alberga (u oculta) componentes perceptibles, bastante más 'direccionales' que es conveniente identificar. El primero de ellos es que esta 'globalización' es, ante todo, producto de una fenomenal evolución de la tecnología informática, por la cual se logra la inmediatez temporal absoluta en la comunicación de imágenes y datos entre los poseedores del 'sistema'. No es necesario abundar en esto, todos los lectores de este artículo, cualquier manipulador de ordenadores y el ciudadano común lo viven a diario como una realidad cultural innegable y creciente. Una realidad que –convengámoslo- ha asumido también una dimensión mitológica.

Una característica de la globalización actual que me interesa señalar aquí, es su innegable centralidad estadounidense. La gran mayoría de los mensajes que se reciben, procede de los Estados Unidos y están asociados a una cultura que se apoya básicamente en valores de alta tecnología, organizados según sistemas concertados de producción, distribución y comercialización que por su cohesión, eficacia y poderío como tales, suelen ser subordinantes de los circuitos nacionales o regionales comparativamente más dispersos y débiles. Por eso acierta en su ironía Nicolás Casullo al advertir que "cuando las teorías más recientes hablan de la norteamericanización cultural del mundo, esto no alude solamente a las hamburguesas"¹. En rigor, podríamos hablar de un imperialismo norteamericano de nuevo cuño, o –simplificando- de una 'norteamericanización' que envuelve al mundo, inmediatamente evidente en la invasión agresiva del lenguaje y sus mestizajes, más o menos pintorescos. Esto no me asusta, simplemente creo que es bueno ubicarse y saber de dónde sopla el viento, para colocar en la buena dirección las velas que nos permitan navegar y los cortavientos que nos ayuden a defendernos de las ráfagas.

No es la primera vez que nos pasa. La Humanidad ha vivido muchas 'globalizaciones' en el curso de su historia, desde la remota unificación del

¹ "*La cultura en la sociedad democrática*", Secret.de Cultura de la Nación, Bs.As, 1999, tomo II, pg 383).

Alto y Bajo Egipto –‘el mundo no existe más allá del Nilo’, proclaman enfáticamente varias inscripciones del Imperio Medio- pasando por la secuencia de imperios sucesivos donde cada vez menos podía ponerse el sol, según se ufana Felipe II (así los de Alejandro Magno, el romano, el de los mongoles y los otomanos, el español de Carlos y Felipe, el británico de Victoria, etc.). También las grandes religiones han implicado diversos tipos de globalización cultural, en tanto cuerpos de doctrina, creencias, normas y actitudes consecuentes que generan, imponen o propician un sistema de vida integral. El mandato postrero de Jesús: “Id y predicad a todas las naciones” estableció, de hecho, la evangelización como una misión globalizadora. Por supuesto que las globalizaciones propuestas a nivel de fe o de ideologías, han resultado más rigurosas cuanto más fusionadas se han mostrado con el poder político, alcanzando de ese modo un nivel máximo de extensión social y una autosuficiencia cultural excluyente. Lo vemos en nuestros días en los mundos cerrados –pero ‘mundos’ al fin- de varias naciones islámicas, fuera de cuyos sistemas de alta homogeneidad nada parece tener derecho a existir. También puede darse el caso de ‘globalizaciones’ simultáneas y antitéticas, que pugnan entre sí. Tal sucedió, por ejemplo, con el imperio romano y el cristianismo durante los tres primeros siglos de sus respectivas historias. En un caso se trataba básicamente de un sistema político cultural, en el otro de un sistema religioso, pero uno y otro defendían la ‘universalidad’ de sus programas y ambos incidían –y muy conflictivamente, por cierto- en las ideas, organización, conductas y hábitos culturales de la sociedad que imaginaban construir. Pablo de Tarso fue testigo y actor significativo de este doble proyecto globalizador de su tiempo, el romano que estaba en su apogeo, y el del cristianismo que él contribuyó a afirmar.

Es cierto que a lo largo de la historia los diversos intentos de globalización nunca consiguieron ser verdaderamente ‘universales’, ya que resultaron geográficamente parciales y excluyeron sectores más o menos importantes, de los que muchas veces, incluso, no tuvieron conocimiento. Es a partir del siglo XIX, y desde el noroeste de Europa, que cobró fuerza el nuevo sistema de globalización cultural cuyas etapas ‘post’ estamos viviendo en la actualidad. El desencadenamiento de este proceso tuvo que ver con la multiplicación maquinista y el consiguiente dominio de la velocidad del transporte humano y comunicacional. En dos siglos se pasó de sociedades medianamente quietas y aisladas a la actual cultura –casi universal- del vértigo y la simultaneidad. La velocidad promedio del cruce de los Alpes en elefante que hizo Aníbal 218 años antes de Cristo –unos 7 km/hora, algo más que el paso vivo de un caminante- fue la misma que consiguió Napoleón, mil años después, en su retirada forzada de Moscú. En todo caso, hasta principios del siglo XIX, la máxima velocidad disponible fue la del galope del caballo, y ello

siempre que se la administrara en tramos cortos, con intervalos de descanso. La revolución de las velocidades empezó a partir de la locomotora Rocket de 1829, con la que George Stephenson alcanzó los 40 km/hora. En pocas décadas más, el trazado del ferrocarril llegó a ser el fleje visible que envolvió el globo terráqueo y las ideas –invisibles- viajaron cada vez más rápido sobre él. Esos fueron los inicios de una globalización desencadenada por la Europa industrializada y de la cual nosotros, europeos en Argentina, comenzamos a ser parte a partir de 1880.

Muy pronto se agregarían, en creciente aceleración y con prototipos cada vez más veloces, el automóvil, el avión, la cohetaría espacial. En 1947 el vuelo del X-1 superó la velocidad del sonido; a partir de entonces se hizo posible que los hombres se trasladaran literalmente más rápido que su propia voz. Veinte años más tarde los prototipos supersónicos duplicaban cómodamente aquel límite. El aumento de velocidades con que se desplazaban las cosas, las personas y las ideas, hizo que el mundo se volviera matemáticamente más pequeño, dos, tres, diez, cien veces. Un proceso análogo se vivió en el circuito de las comunicaciones, desde los tiempos del ‘periódico’ impreso -convertido luego en ‘diario’ entregado en la puerta de casa-, pasando por la radio, el teléfono, el telégrafo y la televisión. Finalmente las transmisiones satelitarias y el ‘chip’ electrónico acabaron por convertir al globo terráqueo en una convergencia de simultaneidades, un simple punto virtual que Internet ha transformado en realidad: .com. Se estima que dentro de cuatro o cinco años habrá más información disponible en Internet que en todas las bibliotecas del mundo. “La desaparición del polo de influencia soviético ha dado paso a la globalidad, e Internet está transformando tan vertiginosamente nuestros hábitos y sistemas de vida que éstos resultarán prácticamente irreconocibles en un par de décadas... Con la realidad cómodamente instalada en el ciberespacio tal vez sólo sea necesario un presidente.com”².

La ‘globalización’ que vivimos hoy es indudablemente mucho más ‘universal’ que todos los intentos anteriores, y tampoco hay duda de que su centro de irradiación ya no es Europa –cuyas naciones borrosas reagrupan fuerzas en la Unión Europea- sino los EE.UU., afirmados cada vez más en un protagonismo político, económico, técnico y cultural, especialmente fortalecido a partir del ocaso soviético de fines de los ochenta y la bonanza de sus propios indicadores económicos de fines de los noventa. Podríamos imaginarlo como un proceso de transferencia y divulgación cultural parecido al ocurrido con el legado griego en manos del imperio romano. Como hicieron los romanos en su tiempo, EE.UU. también ha tendido a apoyar un cierto sincretismo cultural, ha favorecido una ‘inclusividad’ que no rehuye el con-

² M..Diament, “El presidente postmoderno”, “La Nación” 11/3/00

flicto, y ha conseguido elaborar códigos bastante sencillos y adaptables en todo el mundo. Baste considerar la simplificación sufrida por el inglés de Shakespeare en la versión casi onomatopéyica del *American*. El resultado es una conquista contemporánea construída día a día sobre la ingenua exaltación de Whitman –Pioneers, oh pioneers!- pero afirmada paso a paso según el pragmatismo filosófico de Dewey y Pierce.

En un mismo ejemplar de ‘La Nación’ (18/2/00), por ejemplo, se leen codo a codo titulares como éstos: “Hola, Mc Guggenheim. El Gobierno de la Ciudad quiere tentar al museo neoyorquino para que abra una sede en Bs.As.” (secc ‘Vía Libre’ p.15), “La misión del Departamento de Comercio de EE.UU. acusó a los laboratorios argentinos de robar información y reiteró que se estudian sanciones” (secc 2.pg1), “El Secretario de Ciencia y Tecnología, Dante Caputo, firmó ayer un convenio con los EE.UU. para incrementar el comercio electrónico en la Argentina” (pg.2 id), “El gobernador pidió a Daley que EE.UU. permita aumentar las ventas locales de carne, maní y queso”(id id)... ya que “el sector alimentario pierde ventas al exterior por U\$S 400 millones “(id, id). En las mismas páginas se informa sobre el abandono de la sucursal argentina de The Andrew Jergens Co. (‘por reestructuración de su división internacional’), sobre la calificación de la deuda de la Provincia de Buenos Aires por parte de Fitch IBCA y Standard & Poor’s, y sobre la decisión del Gobierno de crear un parque informático con el objetivo de “universalizar el uso del Internet” (promesa del vicepresidente argentino al Secretario de Comercio de EE.UU.).

Sobre el hipotético aterrizaje porteño del Museo Guggenheim, el periodista (Santiago García Navarro) analiza ventajas indudables –instalación de Buenos Aires en el escenario mundial, ganancias por turismo y consumo complementarios, posibilidad de tener sin costo exposiciones del acervo del Guggenheim y ‘megamuestras’ de los principales referentes del arte actual, edificio de alta tecnología que sería un indudable mojón urbano- y las contrasta con el riesgo simétrico de un neocolonialismo cultural, más o menos sutil (“y esto con arreglo a una pretendida visión de futuro, ya que en los próximos años, según Krens –director del GMA- *las culturas locales se verán con ojos globalizados, Lo que no aclara Krens es que esos ojos serán norteamericanos en un 90%...* Lo cierto es que Buenos Aires podría obtener muchos de estos beneficios sin necesidad de recurrir a la firma Guggenheim. Salvo su apetitosa colección, todo lo demás podría conseguirse con un producto ‘made in Argentina’ como ocurrió con el Centro Pompidou de París, que recibe cinco millones de visitantes por año, o por la Opera de Sydney, ícono indiscutible de la ciudad australiana”³).

³ S.García Navarro, “*Hola McGuggenheim*”, ‘La Nación’ 18/2/00. Secc “Via libre” p.15

El columnista de "The New York Times" Thomas Friedman, experto en asuntos internacionales, ha expuesto recientemente su "teoría de los arcos dorados" (en referencia a la insolente M arqueada de McDonald's, tomada como símbolo de la globalización contemporánea). Sostiene Friedman que la mera instalación de estos 'arcos dorados' ejerce un efecto inhibitorio sobre la agresividad de las naciones. "En ningún caso, dos países en los que estuviera McDonald's habrían librado una guerra entre sí desde que esa cadena norteamericana de comida al paso se hubo instalado en ellas". Y a título de ejemplo agrega: "China no puede disparar contra Taiwan sin disparar contra sí misma. Taiwan no puede apartarse de un tirón de China sin tirar abajo su propia economía. Y cualquier movimiento enérgico e incisivo por parte de cualquiera de ellas desestabilizará el mundo. De eso se trata la globalización: los norteamericanos no pueden –ni deben– adoptar una actitud pasiva mientras miran cómo Taiwan, *una nación hecha a nuestra imagen y semejanza*, es devorada por Pekín. Una China que invadiera Taiwan sería una China que *tendría que olvidarse de vender productos a los Estados Unidos durante mucho tiempo*"⁴. Esaú vendió su primogenitura por un plato de lentejas; nuestro mundo ha comprado la paz por un "Combo" y un paquetito de "Freny's"; un par de buenas transacciones, según parece. El tema es ¿para quién?

En las antípodas del imparable proceso globalizador se encuentra el constante reclamo de 'identidad', esgrimido intermitentemente y con diversos fundamentos por naciones, regiones, grupos y personas. Defensa del patrimonio cultural y del idioma, de la identidad racial, de la fe religiosa, del derecho de las minorías, de las reservas naturales... Estos intereses sectoriales se manifiestan en mayor o menor medida en pugna con la tendencia globalizadora y, en su tono de proclamas reivindicatorias, tienden a despertar adhesiones inmediatas. De hecho, es muy difícil no coincidir con ellos ya que suelen traer banderas de preservación de valores naturales y tradicionales a los que parece lógico asociarse.

El dilema, como siempre, es atender a una valoración justa del problema y –en lo posible– esclarecer las intenciones y proyecciones de sus promotores. También aquí hay que ponerse en guardia para detectar brisas y tempestades. A diferencia del gran viento global, éstos vienen mezclados y soplan desde distintos lugares, reeditando en nuevas versiones el permanente conflicto de apreciación entre el bien común y el bien sectorial. Ya que se mencionó más arriba la pugna existente entre China y Taiwan, conviene recordar que, a pesar de la homogeneidad racial y las raíces históricas y culturales que comparten, cada uno de ellos está obsesionado por reafirmar su

⁴ Th. Friedman: "*La teoría de los arcos dorados*", 'La Nación', 26/3/2000. El subrayado es nuestro.

propia identidad nacional. Pero también es cierto que bajo el angelismo de esta plausible intención anidan odios y rechazos de carácter negativo que ensucian, muy desde lo hondo, la pretendida limpieza de los discursos reivindicatorios. Y así también Kosovo, Chechenia, Irlanda, los vascos, Timor, a nivel de etnias regionales, y así también las minorías de todo tipo que constantemente se manifiestan en pro de sus derechos particulares dentro de la comunidad.

No resulta fácil pronunciarse adecuadamente sobre la pertinencia y posibilidad de aceptación de reclamos de grupos geográfica o culturalmente alejados, sobre los que solamente podemos proyectar una intencionalidad más o menos generosa. En cambio podemos y debemos ser protagonistas más decididos en la defensa de aquellos bienes tangibles o intangibles que son 'nuestro prójimo cultural': nuestro lenguaje, nuestras expresiones populares, nuestra herencia artística y artesanal, nuestro paisaje urbano o rural, nuestras costumbres. Bienes de un patrimonio cuyo recorte pertinente no suele ser 'lo nacional' sino más bien 'lo vernáculo', esa sustancia escurridiza que destila el suelo que lo arraiga y la cultura que lo cubre.

En tal sentido, lo que importa no es firmar declaraciones con buena prensa sino llegar a convencerse íntimamente de las razones por las cuales ese patrimonio heredado debe mantenerse y hasta qué punto la cultura de la diferenciación puede y debe sobrevivir ante el impacto de la creciente globalización. Por supuesto, esto es fácil de enunciar pero muy difícil de poner en práctica, ya que no es un asunto de palabras sino un problema de actitud personal.

Hace unos meses elegí viajar a la puna jujeña en busca de las raíces de la tierra y la paz del alma. Encontré ambas cosas, por supuesto, pero además vi la pobreza, la enfermedad, el estancamiento y la falta de oportunidades, tanto más dramática cuanto que la globalización ha puesto sus propias imágenes al alcance de la mano de los escasos pobladores. Lo que falta en la gran ciudad sobra en esa soledad; lo que aquí nos sobra allí falta en grado sumo. ¿Qué hacer? ¿Tender a mantener esa paz junto con esa pobreza? ¿Cómo integrar los bienes y las formas contemporáneas sin afectar el paisaje y la identidad cultural del lugar? Sea cual fuera la solución adoptada, dos imperativos de conciencia deben conjugarse en cualquier intento de acción sociocultural: el derecho de las personas a acceder lo más plenamente posible a la generación y el intercambio de bienes (materiales y espirituales), y el respeto por los valores del mundo natural y del patrimonio cultural, en tanto datos insoslayables de identidad (desde adentro) y reconocimiento (desde afuera) de una comunidad. Dos derechos sagrados, a menudo antitéticos y conflictivos, pero que merecen ser igualmente defendidos. Seguramente los

conflictos entre ambos derechos pueden atenuarse por vía de la educación de locales y extraños sobre la transferencia solidaria de los bienes y sobre la intransferible riqueza de las diferencias. Quizás se pueda lograr así que el adobe, los misachicos y la siesta lleguen a coexistir con la diversificación laboral, las cloacas y el Internet. Las soluciones no parecen fáciles, pero lo fácil seguro no es solución.

En 1982 estuve unos días en Chiloé llevado de la mano por Alberto Espezel, en lo que resultó para mí una experiencia de virtual levitación. Pocas veces me fue dado experimentar tal grado de equilibrio entre hombre y medio, entre naturaleza y cultura. En especial en las islas del archipiélago interior se podía palpar la armonía de comunión entre trabajo y festejos, una existencia serena enhebrada de amabilidad y sonrisas. Pero ya entonces, en la casa chilota donde nos albergábamos, pude asistir una noche al espectáculo del televisor –blanco y negro, por supuesto- recién introducido en el comedor. Aun retengo la reacción de asombro silencioso e incredulidad que esa serie de violencia –creo que era “Los Intocables”, no por casualidad norteamericana- despertó en la familia de doña Dolorinda Vidal. Desde entonces han pasado dieciocho años y en el reciente verano decidí repetir el viaje con un sentido de indagación retrospectiva. Encontré más urbanización, nuevas instalaciones, mayor actividad comercial y probablemente más oportunidades laborales, pero también menor pintoresquismo, mayor heterogeneidad y un evidente deterioro del paisaje urbano. Un balance quizás gratificante para los pobladores –no lo sé, no ví tantas sonrisas, no hubo tanta oportunidad para el diálogo- pero en todo caso un paisaje más mezclado y una identidad bastante más diluida. Caso curioso, desaparecieron totalmente los trabajos de cestería con figuras mitológicas chilotas. Nadie parece recordar al Cauhelche, al Millalobo, al temible Chauco, a la serpiente Coicoi vilú. En su reemplazo había campanitas de cerámica y cuencos de madera más o menos parecidos a los que se venden en cualquier otro mercado para turistas. Para remate, en el puerto pesquero de Castro, la capital de Chiloé, me ofrecieron dos ejemplares de brujas de Halloween, con zapallo y todo.

El caso de Ponta das Canas, en Brasil, es más claro y más triste, porque su pérdida de identidad fue más gratuita. Hasta los años ochenta Ponta das Canas era un feudo primitivo de pescadores, instalado sobre la ancha arena, blanca e impalpable como el azúcar de la zona; reducto que –incluso para el creciente turismo- merecía conservarse intacto. En lo alto de la playa, las barcas fileteadas de vivos colores esperaban bajo los cobertizos de paja hacia el momento de ser arrastradas hasta el mar para cumplir la hazaña pesquera de todos los días y todas las noches. Y al regreso de las redes a la playa, la alfombra de garopas, anchoas, calamares y cupíes recibía la alborotada bien-

venida de grandes y chicos, turistas y locales, mientras se llenaban canastas y parihuelas. El centro de este espectáculo continuado era la iglesita de San Pedro, una humilde construcción sin edad surgida directamente sobre la arena, que presidía los trabajos y las vísperas. Fachada sencilla, plana, a dos aguas, cuyas paredes blanquísimas tenían el único lujo de las guardas celeste y amarillo cromo que todas las tardes recibían el sol del ocaso, encendiéndose puntualmente de dorado. Frente a la entrada, sobre un pedestal cúbico, todo blanco, la cruz de las Azores, foco de promesas y sacrificios, eje de composición de una escena tan perfecta en su equilibrio como el Partenón de la Acrópolis.

Pero he aquí que a cada Partenón le llegan sus turcos; en este caso encarnados en una pomposa 'comisión de urbanización' que en nombre del progreso consumó el asesinato del lugar. Al grito de 'vai para frente' los picos y las máquinas arremetieron, ciegas y sordas a eso que los antiguos llamaban 'genius locii'. La iglesia se hizo más grande, ganó una inocua torrecita de tejas y se transformó en una armazón vacía y sin carácter, pintada de durazno claro, que ya no se diferencia de los kioscos y despensas del lugar. Volaron cruz y pedestal, barridos por un pavimento asfáltico de dos manos que separó para siempre la iglesia de la playa y el mar. Y para eliminar cualquier tipo de 'saudade' se le construyó delante una serie de puestos cuadrados de refrescos que le taparon la vista del horizonte marino para siempre. Las barcas fueron quedando solas, arrinconadas, y los buenos pescadores se transformaron en malos constructores de casas de alquiler. Callaron los molinos de mandioca sobre el morro y también el frufrú de las redes rozando la arena. En su lugar nació la música (¿música?) lanzada desde el altoparlante enronquecido de la primera pizzería junto a la iglesia. Y en los festejos inaugurales, un orgulloso cartel proclamaba: "La Comisión de urbanización abre Ponta das Canas al progreso de la globalización".

Evidentemente no son éstos los beneficios de la globalización; tampoco son sus culpas. Los culpables son quienes usan los medios creyéndolos fines. Con el poeta podríamos repetir: "Globalización; cuántos crímenes se cometen en tu nombre!". Porque como sucede con todo uso prudente de los medios que se nos ofrecen para la cotidiana tarea de re-crear el mundo —y la globalización es nuestro vehículo actual— lo importante es comprender que el equilibrio consiste en saber administrar las ventajas sin idolizarlas, para que, en su exceso, no se conviertan en perjuicios.

La globalización ofrece innumerables posibilidades positivas, tales como la creciente posibilidad de 'democratización' en el uso de la información, un más rápido y exhaustivo conocimiento de sucesos mundiales, próximos y lejanos, mayores posibilidades de promoción educativa y cultural y

-¿por qué no?- el aumento de la ilusión a través del juego y la fantasía. Por la globalización podemos conocer más, comprender más, actuar más rápido y mejor.

Las contraindicaciones son simplemente la cara negativa o desequilibrada de las ventajas. Esto es: falta de control en la emisión y recepción de la información (¿qué es verdad, qué es exageración?); exceso de informaciones, con la consiguiente dificultad en la selección y el peligro de trivialización; protagonismo de las realidades virtuales en desmedro de la realidad objetiva; alteración del concepto tradicional de 'prójimo' y relativización de su existencia, con su correspondiente efecto negativo de alienación y deshumanización. A propósito recuerdo un cartel publicitario californiano que profetizaba: "Un día, quizás dentro de diez o quince años, te despertarás y te darás cuenta de que todo lo que hay a tu alrededor es virtual", a lo que siguió el comentario consolador de un compañero: "Por suerte cuando llegue el momento no nos daremos cuenta". Idolizar la globalización supone, también, un aumento de tensiones por la potenciación del contraste entre la realidad cotidiana y las realidades virtuales que se erigen como 'modelo' universal. De allí que el promocionado pasaje al 'mundo global' implique, tan a menudo, el abandono de los valores culturales regionales, junto a la tendencia de anular las diferenciaciones y el riesgo de producir una profunda anomia cultural.

No hay que esperar que la globalización solucione por sí los problemas geopolíticos, causados en gran medida por la exacerbación del conflicto de identidad; también sería utópico reclamarle 'per se' la concreción del mundo ideal cuyas imágenes suele proponernos hasta el hartazgo. A lo sumo veo la globalización como un estadio cultural irrenunciable, y como un medio poderosísimo para que el hombre se anime a medir su crecimiento esencial en relación con el nuevo golem por él creado; un vehículo capaz de conducir una nueva etapa del camino de la Humanidad hacia el Reino. De alguna manera impone el mismo tipo de desafío que la Humanidad —y cada persona en particular— ha debido enfrentar con otras creaciones abstractas o concretas, técnicas o políticas, que a lo largo de la Historia han ido modificando la forma de ser y de estar en el mundo, desde la rueda hasta la democracia. El desafío de la globalización es, como antes, trabajar en la orientación de los componentes técnicos de este vertiginoso proceso —que tanto asombra a los mayores y encandila a los jóvenes— hacia un compromiso ético siempre mayor con la sociedad globalizada. O sea animarse a 'cargar' el sistema global con contenido humanista; demostrando que el hombre concreto —emisor o receptor, operador o destinatario— es siempre y en todo caso más importante que la estructura del soporte que lo conduce.

No se trata, lo hemos dicho, que la comunidad se haya vuelto espontáneamente global sino que la globalización ha sido fuertemente inducida por quienes detentan el poder informático y cultural, nuestros actuales emperadores. Pero éste es el fascinante imperio que nos toca vivir y es lo que conforma, en gran medida, 'el signo de los tiempos' a partir del cual, como hizo Pablo de Tarso, habrá que trabajar. En un mundo tan rico y complejo como el actual todo esto merece reflexionarse a cada paso, para orientar el sentido de nuestras convicciones y el rumbo de nuestro compromiso. Aunque sea mientras digerimos, a paso rápido, el contenido de cualquier 'cajita feliz'.